

IMÁGENES DE LANZAROTE (TERCERA PARTE)

A: jmchico@paraiso.net
De: luismoisset@arnet.com.ar
Asunto: Imágenes de Lanzarote (conclusión)

Córdoba, 25 de marzo de 2000

Querido José María:

Procuraré concluir con el relato de las imágenes que recogí durante esa visita a Lanzarote hace ya 18 años.

La zona sur de la isla está cubierta por un verdadero mar de lavas, producto de la erupción del Timanfaya, a comienzos del siglo XVIII. Dicen que hay un relato muy vívido del fenómeno, descrito por un testigo presencial, el cura de uno de los pueblos que quedaron sepultados por el torrente de rocas líquidas. La erupción comenzó en 1730 y se prolongó durante 6 años, hasta 1736, cambiando totalmente la fisonomía de la zona, que era uno de los sectores más fértiles y ahora es un “malpaís” de 200 km² de superficie, es decir, una tercera parte del total de Lanzarote. Surgieron un centenar de volcanes, de los que quedan como recuerdo unos 300 cráteres.

La única “vegetación” son líquenes, que se adhieren a una de las caras de las lavas...

El torrente ígneo avanzó hasta el mar, derramándose en lugares que se denominaron “hervideros”, pues las aguas entraban en ebullición al tomar contacto con la lava que iba solidificándose. De esa manera la isla aumentó su superficie.

El paisaje es lunar y sobrecogedor. Los distintos colores de las lavas; los viejos conos volcánicos, que se elevan como recuerdo de una escena dantesca; el calor del magma, que en algunas zonas no se ha enfriado todavía y se encuentra a poca distancia de la superficie...

Así, para atractivo del turista, se realiza a lomo de dromedarios la excursión a la “Montaña del Fuego”; se llega en los autobuses al pie de la montaña y se encuentra una larga hilera de camélidos, echados en el suelo, con una doble silla de madera colocada sobre la giba.

Mientras el animal estaba echado nos ubicamos en las sillas, siguiendo la recomendación de que el viajero más liviano se colocara del costado derecho, y el más pesado a la izquierda. Yo subí junto a un navarro, que también andaba solo y –como ya adivinarás– tuve que viajar a la izquierda. Incluso nos hicieron cambiar de animal y montar en “La Guelfa” que, sin duda, era una camella más corpulenta y resistente (cuando llegamos a la cumbre premié su esfuerzo dándole un terrón de azúcar que llevaba en el bolsillo y que la hizo relamerse golosamente).

Cuando los viandantes estábamos firmemente sentados, los guías hicieron incorporarse a los dromedarios y comenzar cansinamente la ascensión, con grandes bamboleos, que provocaban gritos y chillidos en los más temerosos; en el camello que avanzaba delante del nuestro iba una pareja de recién casados, catalanes, y la señora me hizo acordar a una escena vivida en Agua de Oro, hace muchos años, cuando un turista porteño montó a un caballo y el animal advirtió inmediatamente que encima no tenía un jinete, sino un “paquete”, por lo que –sin hacer ningún caso a los desmañados tirones de riendas– giraba la cabeza y provocaba un asustado comentario: “¡Me mira!”

Pues bien, la joven desposada también expresaba su temor, porque la Guelfa (nuestra dromedaria) le acercaba cariñosamente la cabeza y “la miraba”.

Atrás “navegaba” un matrimonio andaluz, ya maduro, y abundaban las exclamaciones e invocaciones a la Virgen de la Macarena, por parte de la mujer, y las bromas, muy saladas, del marido. Mientras ascendíamos por la ladera del volcán, quien iba sobre el costado “inferior”, es decir, el que correspondía al declive, podía efectivamente sentir temor de una caída, e impresionarse, lo que provocó preguntas a los guías respecto a si alguna vez se había “caído un camello”, y la irónica respuesta: “¡Sí, pero aunque el jinete haya rodado hasta abajo, rompiéndose algún hueso, el camello no se hizo nada!”

–Virgen Santa; juro que nunca más subiré a un camello.

–Ay, ¡quién me habrá mandado a meterme en ésta!

Y alguno hasta preguntaba si no lo dejaban bajarse y seguir a pie, mientras los guías se mofaban, diciéndole: “Nosotros podemos hacerlo porque llevamos un calzado especial, pero Ud. se abrasaría los pies. ¡La arena es muy caliente aquí!”

Entre risas, bromas y suspiros terminó esta parte del paseo y continuamos nuestra recorrida por el Parque Nacional de Timanfaya.

El siguiente punto de visita fue un restaurante, diseñado por el propio

César Manrique, donde el “horno” central es un pozo de 15 metros de profundidad, con un brocal de piedras volcánicas, sobre el que se encuentra colocada una enorme parrilla, en la cual asan los pollos, cabritos o lechones, con el calor que surge de las entrañas de la tierra (dicen que en el fondo del pozo, a 15 metros de la superficie, la temperatura excede los 2000 grados centígrados).

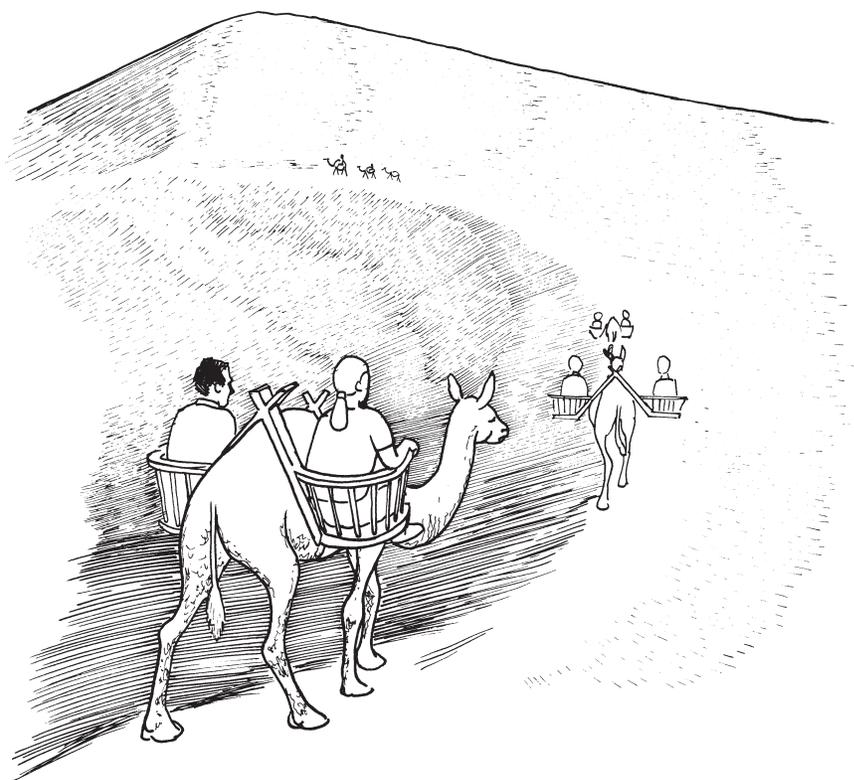
El restaurante está construido en la cima de un montecito y concebido como un enorme mirador casi circular cuyos laterales son todos de vidrio. Las arenas volcánicas que lo circundan están preparadas para “experimentos” que asombran al turista. A unos cincuenta centímetros de profundidad se puede hacer un huevo duro.

En pozos de dos o tres metros se introducen, mediante un largo palo, arbustos secos; luego de unos momentos surgen grandes llamaradas y se ve arder la ramazón hasta convertirse en cenizas.

En cambio, en el pozo central de 15 metros, si se arrojan arbustos o papeles, no arden, sino que se carbonizan porque a esa profundidad no hay oxígeno.

Tienen también unos embudos metálicos, con un pequeño tubo al lado; cuando se arroja un balde de agua por el embudo, al cabo de unos segundos surge por el tubo un *geyser* de vapor...

Proseguimos nuestra recorrida por el “malpaís” escuchando al guía, que luego de hablar en castellano para la mayor parte del pasaje traducía lo dicho al francés para cuatro “gabachos” que viajaban en los primeros asientos. En



más de una oportunidad no pude resistir la tentación de reírme, no sólo por lo deleznable de la pronunciación, sino muy especialmente por lo “macarrónico” de la traducción...

Llegó un momento en que comenzó a hablarnos del olivino, cristal ferroso de color verde que arrojó en cantidad el volcán y que suele ser pulido como gema semipreciosa, e hizo pasar de mano en mano una de esas piedras. No había terminado de hablar cuando anunció una detención para estirar las piernas, beber una gaseosa o adquirir “recuerdos”... en un negocio especialmente preparado para los turistas, donde la principal mercadería eran las joyas de “olivino”, a las que se agregaban tarjetas postales, bordados y otros “regionales”...

Se me ocurrió buscar algún anillo o collar para Marcela, pero nada de lo que tenían me agradaba. Salí y advertí que casi al lado había otro negocio semejante (en el que nosotros nos habíamos detenido parece que era la parada “oficial” de las excursiones de Interjet, y el otro de Meliá). Tampoco allí encontré nada de mi agrado. En cambio, a la tarde, en una parada que hicimos en el restaurante Los Helechos, vi un hermoso collar, muy bien diseñado y lo compré (2.500 pesetas).

Comimos a mediodía potaje canario con vino malvasía. Por la tarde recorrimos la zona norte de la isla, en la que se halla el valle de las 10 mil palmeras y los cultivos. Los viñedos son una sucesión de pequeños conos invertidos, de lava, donde el cultivo se realiza en secano; dicen que el cono tiene como función recoger y deslizar el rocío hacia el centro, en el que se encuentran tres o cuatro cepas; en algunas regiones más secas, o con menos tierra, ponen primero “chumberas”, o cactus, para luego abatirlos y que las raíces de las cepas se alimenten en el despojo de los cactus.

La excursión culminó con la visita a la Cueva de Los Verde, que es el trozo superior del tubo volcánico que más abajo forma los Jameos del Agua. Recorrimos un buen trozo de la cueva, que tiene su interés pero no alcanza la belleza de las cavernas con estalactitas y estalagmitas...

La penúltima escala había sido el “Mirador del Río”, diseñado también por César Manrique, en el extremo norte de la isla, desde donde se contemplan dos islas más pequeñas que se encuentran al norte de Lanzarote. Tomé allí varias fotografías; en especial la puesta del sol que me salió casi tan buena como las fotos que tú, José María, solías tomar en tus viajes.

De regreso al hotel tuve que recoger las maletas y dirigirme al aeropuerto, para volar a Gran Canaria y, desde allí, regresar a mi patria. Quedaban muy grabadas en mi retina las imágenes de Lanzarote y el deseo de poder visitarla de nuevo, pero acompañado por Azucena y mi hija. ¿Podré hacerlo algún día?

Criticón (L.M.E.)

A: luismoisset@arnet.com.ar
De: jmchico@paraiso.net
Asunto: Esperanza y sueños

Moradas celestiales

Luis:

Siempre es bueno para los mortales soñar y tener esperanzas. Te insisto en que yo no puedo anticiparte el futuro, pero no abandones nunca las esperanzas, ni dejes de soñar.

Un abrazo

José María Chico y Ortiz
Registrador de estrellas

